

Spengler y Rank—pueda aparecer audaz y excesiva a ciertos especialistas, y algunos de sus puntos de vista sean motivo de verificaciones o rectificaciones futuras.

Mientras tanto, con la obra que nos ocupa ha conseguido vitalizarnos a Calderón sin necesidad de centenarios propiciadores.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

<https://doi.org/10.29393/At207-14BUGK10014>

EN LA BARCA DE ULISES (*Impresiones de Grecia*) por Miguel Luis Rocuant. Edit. Nascimento, Santiago

Un baño de luz para el espíritu cubierto por el sucio polvo de lo cotidiano, es la lectura de este libro de Miguel Luis Rocuant. Hombre de sensibilidad alerta, no demasiado embelesada en las morosas quietudes del ensueño ni agitada en demasía por los prontos goces de las realidades, el autor busca aquí y mira con bien dispuesta mirada, la relativa verdad que se guarda en las risueñas ánforas de la belleza. Tal es, en resumen, la interpretación que nosotros nos hacemos de esta interpretación suya, del arte y del pensamiento helénicos, tan personalmente magnificada por la clásica armonía de las palabras y de las ideas.

Espíritu helénico él mismo, con la sal de la cultura moderna, Miguel Luis Rocuant embarca la aventura de su imaginación en la propicia barca de Ulises, a quien invoca con acento poseído de indulgente convicción, digno de un Teognis o de un Menandro: «Ulises, lo sabemos bien: no eres sino un ente de la fantasía, un nauta imaginario; pero ¿qué importa? Nada; como nada tampoco la sospecha erudita de que tus viajes no sean otra cosa que un emblema épico de las navegaciones fenicias. Veinte siglos de leyenda te dan derecho a la historia. Tu vida es más real que muchas vidas oscuras». (Pág. 9). Embarca y desembarca sus pasos en el suelo henchido de recuer-

dos de la vieja Grecia inmortal, y tras sus pasos nos desembarca nuestra propia imaginación, atenta a sus miradas y a sus palabras.

Y sus palabras y miradas nos llevan por los más armoniosos senderos de la historia y de la leyenda, patinado hoy su polvo por los pálidos tintes de los tiempos. ¡Con qué sabia y renovada delectación el autor nos habla de los mármoles que exaltan la pura geometría de su belleza sobre la colina del Partenón; de los vasos y ánforas que preservan en sus líneas, a través de veintitantos siglos, la risueña gracia de las manos que los modelaron y de los ojos que los contemplaron en las mañanas áticas de su destino! ¡Con qué justa satisfacción discurre y nos hace discurrir a nosotros, acaso mal informados lectores, por los generosos jardines de Epicuro, cuyos frutos vuelven hoy a destilarnos en nuestra lengua, estragada por pesimismo y escepticismos, el sencillo sabor de sus doctrinas, maduras, a hurto de todo mal, en el solo árbol del Bien! ¡Y con qué segura mirada concurre en espíritu e imaginación a esos oscuros misterios de Eleusis, y nos va aclarando y desenvolviendo, de lo divino, lo humano del sentido de sus ritos! Tan claro sentido humano les dan sus palabras interpretadoras, que nosotros mismos bien podemos imaginarnos por un momento al autor, o mejor, al espíritu siempre joven del autor, como a un Triptólemo que recibe de la diosa Deméter la semilla renovadora de la idea.

Y nos habla de Micenas, la ciudad de los fatídicos Atridas; y su imaginación informada al par en el mito y en las historias, nos precisa, a más de los sitios inconmovibles donde reposan las cenizas de Agamenón y de Clitemnestra, el punto esquivo en la piedra donde la reina infiel se apoyó un instante, después de dar la horrenda muerte al esposo. Y nos parece aquí escuchar—en un paréntesis de propia evocación—con el viejo Esquilo, el grito aterrador de Egisto, cuando Orestes vengador reaparece de entre los muertos y mata al amante y a la madre adúltera: «¡Los muertos matan a los vivos!» Y nos lle-

va en seguida nuestro mentor por los lugares salutíferos de Epidauro, y por los lugares sacros del Delfos, y por los lugares rumberos, de eglógicos rumores panteístas, de la fuente Castalia; y por los lugares y llanuras fatídicas también, de la aciaga Tebas, la patria de Píndaro. Y después de desentrañarnos de nuevo, en el tremendo mito de Edipo, el sentido de la tierra (el mismo sentido nietzschaniano y rotundo de la Tierra), va a contemplar, antes de despedirse del cielo inmortal de la Grecia, y de nosotros, mortales lectores, el famoso cabo Sunion, que avanza su frente serena, como el pensamiento helénico, hacia los horizontes azules del Egeo y de los archipiélagos armoniosos...

Todo lo miró, este viajero, en su odisea de belleza. Todo lo miró, y parece que sus palabras estuvieran en sus ojos: tal es la objetividad precisa de las impresiones y reminiscencias que ha ido embarcando en cada puerto, en su barca metafórica. Pero son acaso los rasgos plásticos (cosa no extraña, pero sí curiosa en un poeta lírico de nuestros días y de nuestras tierras) los que más henchidamente colmaron de luz histórica la deseosa curiosidad de su pupila. ¡Cómo reviven y viven ante este viajero lejano, émulo dignísimo de un Winckelmann o de un Lessing, los desnudos mármoles pentélicos, en todos sus detalles! Y en todos sus aspectos. Desde los azules tonos perdurables o los amarillos descoloridos por los siglos, hasta las líneas de suprema pureza, así sea el ademán ondulante de la estatua o la recta de la columna. Todo lo percibió la claridad de su mirada, y aun lo inactivo logró darle una afirmación o le suscitó una relación, como, por ejemplo, al decirnos que «las ruinas son formas en libertad».

Y bien; nosotros, un tanto indecisos siempre ante la elocuencia del Arte helénico, para quienes, bajo las clásicas formas de sus manifestaciones todas, parece que no fluyera la sangre de la inquietud, hemos sentido aquí, al menos intelectualmente, un transitorio calor de simpatía. Hemos comprendido

mejor, a través de estas páginas de Miguel Luis Rocuant, la natural postura del pueblo griego ante los oscuros problemas divinos y humanos, con los que concordó sabia y poéticamente su vida, y su pensamiento, y todo.

Sólo de tarde en tarde nos es dado saborear un libro tan bellamente interesante y escrito con tan bella prosa, como éste. Justa, serena, bien articulada y precisa, la frase recoge aquí la claridad inquieta de las ideas, y a ratos da la impresión de que el autor escribe con luz, así como otros autores escribieron con sangre. ¿Cayó también sobre su frente la armoniosa influencia del cielo helénico? Place seguir, a través de la frase mesurada, la ilación del pensamiento que, como el propio manto o clámide de las estatuas que admira y nos describe, no forma en el período ni una arruga que distraiga o interrumpa el deleite de nuestra emoción. Así escribe los pensamientos que le promueve la contemplación de una estatua funeraria: «Es una joven. Antes de alejarse para siempre, se ha sentado un instante en la intimidad del hogar. El lino de su túnica baja ligeramente de los hombros, se acumula en pliegues numerosos en la cintura, y llega, casi sin una arruga, a los pies, desnudos en las sandalias. La sirviente le pasa, con dolorida devoción, el cofre de joyas. La joven no busca entre ellas el espejo. ¿A qué mirarse en la opacidad de sus aguas muertas? Coge, alza un collar. El movimiento es fino; los dedos se juntan y se elevan en una acción de levedad suprema. Se ve, creemos ver, que sienten el frío lunado de las perlas. Pero no, han perdido la sensibilidad; están inertes. La joven piensa. ¿En qué? Tal vez en sus días dichosos. Su pensamiento parece divagar por ellos en una especie de sonambulismo. Su serenidad está definida con visible dulzura en la placidez de su cuerpo. Nada lo turba, nada altera, con incertezas en el contorno, u obscuridades excesivas en los relieves, la quietud de su armonía pálida» (Págs. 71 y 72).

¿Reparos, a esta 4.^a edición, tan correctamente presentada por Nascimento? Algunos. Leves, levísimos, comparados con las

clásicas «cabeceadas» que solía dar el padre Homero, nos recuerdan de cuando en cuando, y muy a lo lejos, en la dilatada extensión de sus páginas, que ellas fueron al fin y al cabo, escritas por un hombre: «El camino *por que* vamos...»; «*Sobre el dintel*, esculpidos en bajorrelieve... etc.». Pero esos no son ni siquiera dos o tres guijarros en el panorama de impresiones que Miguel Luis Rocuant nos ha dado a disfrutar en este bello libro. En este libro clásico.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



EL MESÍAS PERPLEJO, por *Federico Morador Otero*. Editorial Zig-Zag

Es esta una obra bastante interesante, porque puede ser leída tanto por los hombres llenos de fe, como por los incrédulos. Los primeros encontrarán interpretaciones originales de los motivos que ofrece el tránsito del Mesías por la tierra. El autor extrae significados magníficos, gracias a la penetración filosófica, descubriendo por otra parte soluciones razonables, respecto al cristianismo relacionado con los problemas actuales. Y además, se tendrá en los diferentes capítulos, belleza, porque Morador Otero, a la vez que presenta los rasgos, escenas de la vida, y palabras del Hijo del Hombre, realiza su prosa con claridad, riqueza de vocabulario, y selecta expresión literaria.

Es también un libro para los incrédulos, para los hombres que aun no se han acercado a escuchar su palabra, dicha hace tanto tiempo, ni a conocer los actos que en vida supo dar, actos que revelan la grandeza humana, y espíritu superior. Pero hay algo que no se ve, misterio que no alcanza a esclarecer, alma que se aleja del análisis y que irradia la verdad, la belleza y la justicia. Pero todos sienten la grandeza conmovedora